

Seminario 5 de octubre de 2018:

*La recuperación de la democracia en Chile y sus Enseñanzas para las nuevas generaciones: a 30 años del Plebiscito del 5 de octubre de 1988*

**El Arcoiris del Plebiscito**  
**Los desafíos de la democracia y su desarrollo futuro**

Maria Rosaria Stabili

La invitación a participar a este encuentro me ha honrado y emocionado mucho. Por esto, antes de todo, quiero agradecer a los colegas y amigos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, de la Fundación Aylwin y de la Fundación Adenauer para permitirme de estar aquí hoy, con todos Ustedes.

Los aniversarios de fechas y eventos ofrecen importantes ocasiones de reflexión y balances críticos, esenciales para reorientar y consolidar la proyección de un individuo y de una comunidad hacia su futuro. Por eso las celebraciones toman sentido y hablan esencialmente del presente. Las formas de recordar los eventos del pasado y los elementos que de ellos se evidencian no siempre reflejan los “verdaderos hechos”, sino que cambian según las inquietudes que marcan el período en el cual se producen dichas celebraciones y desvelan las preocupaciones de quienes las organizan. Sin embargo para las personas más jóvenes que no fueron ni actores ni testigos de los eventos que se celebran, son ocasiones importantes para aprender algo sobre los hitos que marcan el pasado de sus respectivos países y que concurren a fundamentar su identidad de ciudadanos.

Algunos de los aquí presentes conocen bien mi trayectoria, sobre todo conocen mis largas estadias en Chile. Llegué al comienzo de las protestas contra el régimen militar y fue una observadora activa del proceso de transición que se desencadenó en aquél entonces. El 5 de octubre de 1988, a pesar de estar lejana, participé de los temores y de

la preocupación que la victoria del frente del No a Pinochet no fuera reconocida por la junta militar y también de la alegría que explotó en la calles el día después cuando el éxito que se produjo de forma pacífica, fue reconocido de forma oficial.

La necesidad de entender a Chile, su gente, su historia mirada desde ese presente, me llevaron a pasar mi tiempo más en la calle que en los archivos. Me fui involucrando tanto en los hechos chilenos, que a ratos andaba medio confundida con mi pertenencia de identidad nacional: a ratos me sentía más chilena que italiana. Sin embargo, yo era al mismo tiempo una outsider, consciente de que mi posicionamiento, entendido como un bagaje de lugares en los cuales había nacido y crecido, no solo no era un factor secundario sino, más bien, relevante y funcional para la narración de la historia que luego iba produciendo. Las consideraciones de Nicolas Barreyre (en *Historians Accross Borders, Writing Other People's History*, 2014), son, en este sentido, muy sugerentes.

Hoy trato de reflexionar sobre el sentido del Plebiscito de 1988, por cierto como estudiosa de la historia de Chile, pero sobre todo como ciudadana italiana y europea, preocupada, angustiada y dolida por las dinámicas políticas que considero peligrosas y que están marcando el presente de mi país, de Europa y, diría yo, del Occidente entero. Los viejos fantasmas que pensábamos hasta pocos años atrás estar sepultados para siempre parecen estar volviendo al escenario. El creciente consenso que grupos y movimientos políticos ganan en proclamar el “regreso a la nación” y su defensa en contra de los “nuevos enemigos”, los inmigrantes, los islámicos, nos recuerdan los proclamas contra los “viejos” enemigos; los judíos, los comunistas, que marcaron de forma dramática el siglo pasado. La democracia que en Italia y en Europa se reconquistó, gracias a la sangre y a la muerte de millones de personas en la segunda guerra mundial, parece estar hecha pedazos. Y la historia nos enseña que lo que pasa en un país, en un continente, tiene repercusiones amplias y condiciona los procesos internos a otras realidades aparentemente lejanas. Nosotros, los europeos, parece que olvidamos cuán frágil puede ser la democracia y como, recuperada, puede ser nuevamente perdida.

En este escenario y de la perspectiva de una italiana-europea, son dos los elementos claves que me parece tener sentido rescatar de la victoria del NO a Pinochet y que considero fundamentales para el futuro del país.

1 – Los resultados del Plebiscito no fueron un logro conseguido sólo gracias al esfuerzo y al compromiso de los actores nacionales. A su éxito concurrieron muchos actores internacionales y esto me parece importante de subrayar. Hubiera sido problemático conseguir dichos resultados sin la cooperación internacional, sin la solidaridad de los gobiernos y de las sociedades europeas, de los países latinoamericanos e, incluso, de los Estados Unidos, a pesar de la responsabilidad de algunos de sus gobiernos en la crisis y derrumbe democrático de los años Setenta.

Es cierto que, en ese entonces, la historia de Chile había salido de sus fronteras nacionales y que algunas de sus experiencias políticas, de “laboratorio”, como la “revolución en la libertad” de Eduardo Frei Montalva y “la vía chilena al socialismo” de Salvador Allende eran vistas por los democráticos de todo el mundo como modelos de referencia. Entonces solidaridad y cooperación internacional acompañaron a los chilenos en los momentos más oscuros y dolorosos de los años Setenta, apoyaron con gran atención y participación el largo proceso de la transición a la democracia y, por supuesto, de forma distinta, participaron en la campaña del Plebiscito. Entre las cosas que más me enorgullecen de ser italiana está, sin duda, la generosidad, la pasión y el amor con que los gobiernos, la diplomacia y la sociedad italiana concurrieron, en una inédita cercanía, a la recuperación del estado de derecho en Chile, en la convicción de que pedazos de su propia historia estaban entrelazados con pedazos de historia chilena. Entonces la importancia y el sentido del Plebiscito de 1988, mirado con los ojos de una *outsider*, supera las fronteras nacionales, tiene una dimensión mucho más amplia de la que pueda ser percibida por los chilenos, e indica que ninguna nación, puede recorrer, con sus solos recursos, el camino hacia un futuro de paz y prosperidad.

2 – Un segundo elemento importante que quiero subrayar de la dinámica del Plebiscito, tiene que ver con los protagonistas nacionales. Se celebró, en ese entonces,

la unidad, en la lucha contra el dictador, de actores pertenecientes a distintos universos políticos y culturales. El arcoiris de ese maravilloso afiche del No, con sus distintos matices de colores, pareciera celebrar la unidad en la diversidad. En este sentido, se constituyó como un símbolo de gran potencia y eficacia.

Pero, puede ser que a lo largo del tiempo se haya perdido la memoria de quienes, concretamente, estaban representados en el arcoiris y concurrieron al éxito del Plebiscito. En general se habla del “pueblo” como el protagonista del éxito. Pero este término -pueblo- está ya “desgastado”, abusado y, sobre todo en el presente, utilizado demasiado por los varios movimientos populistas de derecha e izquierda. Ya perdió su sentido originario. Entonces prefiero decir que el arcoiris representa no sólo los pobladores, los estudiantes y demás ciudadanos que, desde 1983, participaron a las protestas populares invocando el retorno a la democracia; no sólo los sindicalistas y los líderes de los viejos partidos que, con laceraciones profundas, trataron de superar sus vivencias encontradas y las viejas contraposiciones para reencontrarse en nuevas instancias de colaboración, sino también muchos ciudadanos que, en 1973, habían apoyado de forma convencida el golpe pero que, frente a la brutal represión y a la violaciones de los derechos humanos utilizadas por los militares para restablecer el orden en el país, reconocieron que se habían equivocado. Y más. En el arcoiris estaban representados además los que sin ningún especial anhelo, simplemente consideraron más ventajoso favorecer, para sus propios negocios, un marco institucional democrático.

Entonces una humanidad muy variada concurrió para la victoria del No a Pinochet. Eso significa que nadie puede apropiarse de forma monopolista del resultado del Plebiscito, sino que está obligado a compartirlo con lo demás. Significa también que la unidad, en el respecto de las diversidades dialécticas, es condición esencial para avanzar en la consolidación de una democracia renovada.

Por estas razones considero el Plebiscito de 1988 uno de los hitos más importantes y hermosos del siglo XX chileno y también de los demócratas de todo el mundo. En

aquellos días sentí ue la democracia es también emoción y sentimiento. Y esto tuve que explicarlo y lo explico cada año a mis estudiantes romanos cuando me preguntan porque tengo en mi escritorio, bien enmarcado y en un lugar bien visible el afiche del arcoiris.

No hay tiempo para tratar de profundizar la reflexión sobre lo que pasó a lo largo de los treinta años después del Plebiscito y porque la democracia, también en Chile (a pesar de que mucho meno que en otros países, incluso en los europeos y sin nombrar a Italia) presenta algunos importantes problemas.

No hay duda que también Chile, junto a otros países americanos y europeos y con sus propias especificidades, está participando en un cambio epocal muy importante que atraviesa Occidente, donde las instituciones que caracterizaron las dinámicas políticas del siglo Veinte van perdiendo, para no decir que ya perdieron, su capacidad de proponer proyectos y organizar la representación de los intereses de los distintos sectores sociales. En los ultimos treinta años el mundo y la realidad de cada país ha sufrido cambios dramáticos, que somos capaces de diagnosticar, pero no de asumir de forma concreta o de proponer soluciones.

Esta consideración general no nos exime de visualizar, al menos, algunas de las responsabilidades. A mí me enseñaron que antes de echar la culpa a los demás por los problemas, públicos y privados que me afectan, tengo que interrogarme, en primera instancia, sobre mis propias responsabilidades en lo que pasa. Buena clase de método.

Entonces, yo creo que el primer paso para tratar de favorecer las transformaciones de la democracia, antes de que ésta se pierda otra vez, es reflexionar sobre las responsabilidades de mi generación, la llamada generación del '68, que deseó cambiar el mundo, que produjo a los líderes políticos democráticos de estos últimos treinta años y que, a pesar de sus proclamas abstractos, concretamente perdió la memoria o no se dio cuenta de cuánto es agotador practicar los valores y principios democraticos, y cuanto es difícil administrar la pluralidades, las diferencias, las complejidades que alimentan la democracia y constituyen su razón de ser. Los líderes democráticos que

mi generación produjo, pensaron que podía ser más simple administrar las dinámicas políticas complejas y conflictuales de sus respectivas sociedades con criterios de ingeniería institucional, pensados desde arriba, en lugar de un paciente trabajo artesanal de costura de las divisiones que se iban profundizando en la sociedad y sin ninguna capacidad o deseo de escuchar las vivencias y el malestar de los ciudadanos que en esos años se venían acumulando. Esto en el mejor de los casos. En el peor, sin capacidad de controlar su arrogancia, personalismo, narcisismo y sed de poder que, lejos de favorecer unidad, han producido divisiones y contraposiciones al interior de los mismos universos culturales y políticos. Capaces de proclamar los principios y valores democráticos, pero ineptos en traducirlos en prácticas cotidianas, no quieren o no pueden darse verdadera cuenta de que la globalización y la digitalización están produciendo nuevos conceptos, nuevas estructuras mentales con las cuales pensar el mundo, la política y la sociedad. Lamentan la escasa preparación política de los jóvenes, su fragilidad cultural pero, considerándose indispensables, no muestran ningún serio intento de querer formar a los dirigentes del futuro.

Sí es muy difícil entrever hacia dónde vamos. Pero creo que un par de cosas se pueden hacer para evitar la profundización de la crisis.

La primera es que mi generación tome conciencia de que su tiempo ya pasó. Tenemos que aceptar que las formas históricas de la política que fueron moldeadas a lo largo del siglo XX y que nos vieron protagonistas, han perdido su capacidad de generar cambios y con sabiduría tenemos que acompañar sus largas agonías, para que esas agonías no sean destructivas de la sociedad y de las nuevas formas políticas que puedan surgir.

La segunda es otorgar importancia especial a la formación ciudadana y democrática de las nuevas generaciones y de sus líderes políticos. Es fundamental que aprendan un concepto de democracia que ciertamente está hecho de valores y principios, pero que es, sobre todo, en su imperfección, esencialmente el único método, la única herramienta que permite administrar y mediar las diversidades étnicas, culturales y valóricas; las diferentes vivencias y memorias que constituyen la comunidad nacional

e internacional. Y cuando me refiero a la democracia como herramienta y método, me refiero al hecho que ella obliga al respecto recíproco, al diálogo, al ejercicio de la humildad para la aceptación del otro y de cualquier diversidad. Una democracia interiorizada que se vuelva estilo de vida y sentimiento.

Muchas gracias.